

Cultura y política

Una lectura de *La audacia y el cálculo*. Kirchner 2003-2010

Daniel Mundo

Una parte significativa de lo que aún conocemos como cultura letrada considera que la cultura popular es casi una isla autónoma tan valiosa como el continente de criptonita que Lex Luthor, en un arranque de maldad, hace surgir del mar. Se trata del intelectual que respira básicamente el aire puro que circula por su escafandra. A otro sector de la intelectualidad, en cambio, lo popular le tienta, y empujado por la tentación se esfuerza calculadamente por comprenderlo o por fundirse con él. Finalmente comprende que es difícil —no imposible, pero difícil— dejar de ser quien es: es el momento en el que el otro real, no el invocado bajo la máscara de la tolerancia, de la inclusión, sino el otro peligroso que interpela al centro de su democratismo, irrumpe y lo despabila, y el intelectual, antes de gritar, se agarra al salvavidas de sus viejos prejuicios de siempre. Investiga con lupa pero mira desde lejos y con suficiencia: los que se apasionan, entretienen y pierden entre las palabras calculadas, las imágenes berretas y las nuevas tecnologías existencial y lingüísticamente empobrecedoras poco pueden saber de las condiciones de vida a las que están sometidos. Para despejar esa ignorancia estamos los intelectuales.

La cultura popular tiene, además, otro frente de batalla abierto durante la época moderna y diversificado en el postmodernismo, un tipo inédito de cultura, si es que podemos seguir utilizando este término para referirnos a la “industria cultural” de la “cultura de masas”¹. El kirchnerismo, casi sin advertirlo, y posiblemente sin quererlo, persiguiendo otros intereses, más pragmáticos y coyunturales, más *políticos*, ha colocado de nuevo en el centro del debate nacional la tensión entre estos tres tipos de cultura.

La institución o consolidación de algo así como una cultura popular quizás no sea un objetivo central, explícito del kirchnerismo —posiblemente no pueda serlo, pues sería intervenir instrumentalmente sobre un humus que fermentaría por sí solo, independientemente de la voluntad y de las intenciones de los actores. ¿Qué significará, además, el manido concepto de “cultura popular”? Signifique lo

¹ Sobre la “cultura de masas” abunda la bibliografía (véase el temprano texto de R. Ortiz: 1992), en el que resume una larga e inconclusa discusión.

que signifique, lo cierto es que este tipo de cultura produce, y produce hasta un punto que parece poner en jaque lo que usualmente llamamos cultura de masas. En las inversiones postmodernas, además, la cultura de masas no solo absorbe lo popular, infecta también los grandes pensamientos de la cultura letrada, que cuanto más se aferra al cine de autor y a las elucubraciones teóricas más se aleja de la atmósfera en la que vive el resto de la sociedad. Los trabajos de Beatriz Sarlo, su persona y su personaje, se juegan en la tensión de estos tres tipos de cultura. Practicaré una lectura que espero no panfletaria ni oportunista de su último libro: *La audacia y el cálculo. Kirchner 2003-2010*, pues allí Sarlo, casi sin quererlo, pone en el centro del debate político-cultural la tensión irresuelta entre los tres frentes culturales.

Conocemos los pensamientos que le despiertan a Sarlo el peronismo en general y el kirchnerismo en particular: en el 2011 la vemos repetir el gesto en más de un programa de “la televisión”, que la celebra como *el* intelectual argentino. Como a tantos otros intelectuales, a ella le gustaría que la cultura nacional, la auténtica, la verdadera, no tuviera nada que ver con el peronismo: sacrificaría el cuerpo con tal de que ese éter o espíritu no se contaminase por lo “ricotero y cervecero”, por lo plebeyo y oscuro que tiene el peronismo. De hecho, Sarlo hizo lo que estaba a su alcance para concretar este sueño, desde la izquierda maoísta, la socialdemocracia alfonsinista y el anti-populismo contemporáneo. Sus diversas búsquedas vuelven respetable su posición, amén de que su recorrido no es personal, es generacional y colectivo. Sarlo representa a una buena parte del frente progresista, cuyos integrantes, menos valientes que ella, se guarecen en los claustros universitarios y camuflan su desconfianza, sus reparos, sus temores a no-ser-progresistas, con candidatos de izquierda testimoniales y con consignas bien-pensantes. Le huyen a la exposición pública.

Afirma querer evitar el panfleto, quiere escribir un libro que dé cuenta del estado cultural argentino luego de dos gobiernos kirchneristas. Cuando Sarlo afirma que el lector no encontrará un panfleto en su libro, lo que quiere decir es que no escribirá un libro de coyuntura, aunque el aparato mediático que ella critica con sagacidad lo convierta en *el* libro de coyuntura. ¿Será leído dentro de un par de décadas? Posiblemente, pero lo será junto con *El flaco*, de José Pablo Feinmann, y el de Horacio González: *Kirchnerismo: una controversia cultural*, cada uno con su nivel de erudición y sus obsesiones personales. A Sarlo no le gustará formar parte de esta trilogía desnivelada. El par de confesiones con las que encabeza el libro así lo evidencian. Decir: “esto no es un panfleto”, llegado el caso no lo salva de serlo, pues entre lo que se quiere y enuncia y lo que es, como bien sabe Sarlo, se abre un abismo de indeterminación sobredeterminado. No digo yo que lo sea, tampoco, digo que no será ella la que trace el destino de semejante libro. Igual, la confesión anterior a esta es más significativa aun, como un alfiler que clava en el telgopor a la pobre mariposa indefensa: se sorprende que en el twitter alguien garrapatee haber empezado mal el día porque se encontró con Sarlo en el subte: “yo no empiezo mal el día si me encuentro con un kirchnerista”, retruca ella. ¿Habrá algún kirchnerista que para Sarlo haya sido una brújula intelectual, un referente prestigioso, como ella lo fue para tantas generaciones de estudiantes de letras? Imposible. Por ello no ocupa el mismo lugar el kirchnerista más digno que imaginemos, que Sarlo. Si invertimos la frase, lo que leeremos es la secreta

satisfacción que siente Sarlo por haber sido reconocida en el tumulto del subte, aunque sea un reconocimiento negativo: “Que se hable bien o mal de mí, lo importante es que se hable de mí”, parodiando alguna frase de Andy Warhol. Además, sin duda que Sarlo se merece ese reconocimiento, tan esquivo para los intelectuales en Argentina.

Pero el reconocimiento actualiza una diferencia estructural, la diferencia entre el reconocido, único, singular, y el que reconoce, hundido en el anonimato de la masa estudiantil (hasta ese momento, 2010, es decir antes de la espectacularización de su crítica, sólo un estudiante de Filosofía y Letras podía reconocer a Sarlo por la calle). En el libro se reflexiona sobre el reconocimiento que produce *Celebrityland* —el en mi criterio poco feliz concepto que pergeña Sarlo para caracterizar la lógica y el funcionamiento de la maquinaria televisiva. Los elementos de *Celebrityland* son simples: “la confesión desbocada”, “el instante” como tiempo característico y “el conflicto” como forma prefijada del discurso; las opiniones variopintas reemplazan la más mínima idea. El reconocimiento que proporciona es abyecto, una nada que en el medio de una nada general brilla como una bengala perdida. El reconocimiento intelectual es diferente, roza algo de la fama clásica, pues se yergue sobre años de trabajo, esfuerzo, riegos, y se mantiene en pie apoyado entre un libro y otro. No sólo es un reconocimiento de pocos, es un reconocimiento de los mejores. De ahí que puedan tacharla de elitista: “Por supuesto, se critica el elitismo de los que permanecen afuera” de la bestialización creada por la civilización mass-mediática. Pero no es elitista... o a lo sumo lo es en la medida en que personas educadas, intelectuales críticos, radiógrafos del auténtico ser argentino son imprescindibles para leer la brújula de nuestro derrotero. Esta es la “Argentina real”, no la que inventa la usina televisiva o cibernética del caudillo de turno. Hace veinte años, y mucho menos también, hubiéramos dicho no que la política “inventa” la realidad sino que los medios construyen el acontecimiento. Pero a veces el esfuerzo por vencer al enemigo borrona el foco de quiénes son los propios amigos.

En los primeros capítulos del libro se elaboran unos análisis agudos de los efectos de la cultura mediática, de la televisión de aire en particular, en el imaginario político-cultural argentino. Sus planteos se acercan a los que R. Williams creaba a mediados de la década del setenta. La lógica del entretenimiento banal de la televisión de aire no ha cambiado tanto en los últimos cuarenta años, pues como dice Sarlo, “el ocio” que la industria del entretenimiento produce “configura de modo bien profundo las costumbres y capacidades” de los ciudadanos. El peligro casi es el mismo: la barbarización que fagocita esta cultura. La barbarización que provoca la masificación mediática — como viene planteándose desde hace décadas— homogeneiza a la población, y también la integraría o le proporcionaría una unidad: el empobrecimiento de la política afecta a todos. Con razón, los intelectuales desconfían de este tipo de unidad: prima el prestigio de la farándula. Hoy hablaríamos —con, por ejemplo, P. Bourdieu—, de “formas diferenciadas” de consumo, que problematizan esta ilusión de unidad y homogeneización. Sarlo conoce como nadie la perspectiva de análisis de un Bourdieu, de un Barthes, de un de Certeau o de un Williams: fue ella la que los introdujo en nuestro país. Por ello, Sarlo tanto como este artículo

que quiere ubicarla en el punto del campo desde el que ella, de modo involuntario, inconsciente, percibe e interpreta, se ubican en espacios que los desbordan y condicionan. Así como hablamos de “formas diferenciadas de consumo” podríamos plantear, también, “formas diferenciadas de interpretación”, de acuerdo al capital erudito del interpretante, o por la posición desde la que emite sus enunciados. Esto, entre otras cosas, significa que la autorreflexión nos permite mal que bien adivinar a qué fuerzas políticas adherimos, o por lo menos desnaturalizar un punto de vista que ya no puede teñirse de universalismo y transparencia. Pero es cierto, la perspectiva de análisis no la elige uno, no-puede-elegirla desde el momento en que uno es poco más que un atalaya en un campo de fuerzas que lo supera, la función de un agente tomado por las mismas reglas que quisiera develar o desestructurar. La presión social se cruza con las furias y los deseos subjetivos. Así, los binoculares que nos supieron prestar un Bourdieu o un Benjamin tendrían que ajustarse a una realidad díscola y diversa. ¡Cómo no va a saber Sarlo esto! Sólo que la contemporaneidad de los conflictos quizás no le permite focalizar correctamente, y los lentes o aproximan o alejan demasiado los fenómenos. Se termina por borrar la imagen, o por borrar el propio lugar del intérprete, como le sucede al pobre de Robin Williams en *Deconstructing Harry*.

En principio, nuestra cultura popular no es la orillera ni la del malevo inventada por Borges (ni tampoco es semejante a la francesa ni a la inglesa), sino la bárbara de la cumbia villera, del rock chabón, los cybercafés y el “cabecita negra”. Hace bien Sarlo en esforzarse por pensar lo que acontece en el mundo político y cultural contemporáneo, y cómo este mundo popular está infectado por los rayos catódicos. No se ahorra palabras: el Gran Cuñado como “la prueba de la decadencia intelectual de la política y de la bestialización de lo televisivo”. Imposible jugar con los matices. Valdría la pena, de cualquier modo, tener presente que Kirchner se negó a participar en el programa (para Sarlo lo importante es que Kirchner coqueteó hasta el final con asistir). No participar tiene tanto poder simbólico como jugar con el bastón presidencial al momento de asumir el cargo, desprotocolizando la escena, como negarse a que se le opere el ojo desviado. Para Sarlo, estos hechos son insignificantes o abusivos.

El punto de vista que elige para reflexionar sobre la contemporaneidad es la de una toma aérea que planea sobre la superficie del espectro mediático, redundante y repetitivo; zumba sobre algún objeto en particular (“El gran cuñado”, Macri, de Narváez, Carrio, Nacha Guevara o la prosa twitera de Aníbal Fernández, por ejemplo), y lo enfoca en picado, confiando en dar cuenta así de lo que desde hace un par de décadas viene llamándose la espectacularización de la política: el dato de la encuesta como la mejor traducción de lo real, el diseño del producto como método de confección del candidato político, el discurso evidente o redundante como el más fidedigno y elaborado discurso político. Sostiene, es cierto, que “existe una televisión otra”: 678, Capusotto, Pakapaka, pero sólo del primero hará un análisis formal, dando por descontado que allí —junto con el espacio de Carta Abierta— se encierra la vanguardia cultural del kirchnerismo².

² Critica con dureza la nueva temporada de Duro de domar, dirigido por Tognetti, con una estética y un formato parecido a 678. Nombra al pasar a CQC, el antiguo programa de crítica

Lo que un poco insólitamente afirma es que el discurso kirchnerista suele escapar de esta lógica terrible, en la que medra casi todo el resto de las fuerzas políticas, desde el inocuo De la Rúa, el incógnito De Narváez, hasta el promisorio Hermes Binner. A veces, escuchándola, leyéndola, se tiene la impresión que las diferencias de Beatriz con el kirchnerismo son más el producto de una obstinación ideológica, que de una reflexión. La extranjería en la que habita el discurso kirchnerista con respecto a la tierra mediática se desprende de las mismas páginas del libro (los ejemplos de la “televisión otra” que hacen sino respaldar esta idea. Sarlo escribe que “La política comunicacional de Kirchner superaba a *Celebrityland*”). Sarlo machaca que la soberbia a Kirchner le impidió reconocer, por ejemplo, lo efectuado antes que él por los derechos humanos y el castigo a los culpables: un latiguillo en su discurso; en esta lógica, a ella se le hace casi imposible aceptar lo efectuado por el kirchnerismo con respecto a la política y la economía, por ejemplo, o incluso en la cultura. Lo que hizo el kirchnerismo había que hacerlo y lo hubiera hecho cualquiera (descolgar el cuadro de Videla, reiniciar los Juicios, reducir la deuda externa, impulsar la ley de Asignación Universal por Hijo, etc.). Ningún mérito, entonces.

No es que Sarlo no confiese el lugar desde el que escribe, tampoco. Por negativa: “Tampoco pienso que el kirchnerismo es el único progresismo posible de la Argentina real”. Aquí se ubica ella: la utopía de lo real. El kirchnerismo “no es el único progresismo”, hay o habría otro, que Sarlo se cuida de enunciar, aunque no es difícil imaginar que ella cree representarlo. No lo encarna pero lo representa. Por default, el progresismo kirchnerista será un progresismo menos progresista, menos auténtico, menos *real*, porque sería un progresismo interesado. El otro progresismo ¿será des-interesado? ¿Hay en política, como puede llegar a haberlo en literatura o en estética, una acción desinteresada? ¿Las palabras de Sarlo lo son, o acaso estas mismas que yo hilvano? Sarlo representa más que encarna al otro progresismo, porque en verdad este progresismo no es encarnable; es el progresismo de la buena conciencia, del vecino solícito, del ciudadano informado. El progresismo de Palermo que traza el límite de la Ciudad de Buenos Aires en las avenidas Rivadavia (remedando a Onetti) y General Paz.

Es, a esta altura, un lugar común sostener que el kirchnerismo reactualizó la política con una intensidad que ningún gobierno anterior de la recuperación democrática lo había logrado hacer. Algunos rasgos de esta refundación de la política son evidentes. Los actores políticos no teorizan sobre la política, porque no es su función ser teóricos o contempladores... pero sus acciones crean hechos novedosos que trastocan los conceptos, o nos obligan a pensarlos de nuevo. En este sentido, el carisma despertado por Néstor Kirchner responde, sí, a los gestos con los que inauguró su mandato, pero se sostiene con un tipo de acción que muchas veces sus mismos simpatizantes no terminan de aceptar (o comprender). La estrategia de sus rivales es más sencilla: lo tildan de autoritario. ¿En qué consiste su acción? Lo sabemos, la política se despliega sobre un territorio

política que devino un programa de chimentos televisivos. Habría que realizar un análisis del progresismo y las buenas intenciones de CQC, pues demuestran que este tipo de programas precisa de un cierto contexto político para poder hacerse con éxito, el contexto propiciado por el menemismo.

diferente al del precepto moral, y a su vez sobre una diferencia fundamental al interior del mismo campo: la que separa al amigo del enemigo. Lo que Kirchner nos recordó es algo que ya sabíamos pero que en la práctica muchas veces olvidamos: que esta diferencia no es sustancial (salvo en algunos casos, claro está, en los que el “enemigo” pretende eliminar el mismo terreno de disputa y enfrentamiento), como tampoco son sustanciales ni el amigo ni el enemigo. En política *casi* todo entra en la retorta de la conversación y de la conversión. Lo que no significa que la tensión agonal que marca a la política sea *necesariamente* — como parece quererlo Sarlo— transportable a otros campos y medios, el cultural en general y el televisivo en particular:

“Pensar la política en términos de contradicción principal (como se la llamaba en el pensamiento maoísta o de amigo/enemigo como quieren los que siguen a Carl Schmitt) es perfectamente afín no sólo a la espontaneidad y a la experiencia anterior de Kirchner. También es afín a la lógica binaria de los medios” (Sarlo 2011: 119 y 120).

La televisión es un espacio público con sus propias reglas y lógica, como facebook, como twitter, cuyo funcionamiento Sarlo desarma con agudeza. Muchas veces es despreciativa en su apreciación: “en la blogosfera política domina la propaganda o la polémica a la que sus consumidores le piden que sea lo que es: arbitraria, apasionada, idiosincrásica” ... “La horizontalidad del blog garantiza no la verdad ni la sinceridad (imposible, irreal) sino el efecto de verdad y de sinceridad”, pero sin embargo no yerra en su interpretación. Para un intelectual es difícil no compartir muchas de sus apreciaciones con respecto a los medios de masas. No se la puede seguir, sin embargo, cuando imagina que esa lógica es casi totalitaria, y que entonces cuando “los seguidores de Schmitt” hablan de amigo/enemigo no hacen otra cosa que reponer la forma de la habladuría y del conflicto televisivo. Esta es una de las maneras de banalizar la política. El amigo y el enemigo políticos responden a momentos estratégicos del proyecto, no a demonios que habría que exorcizar, ni a circunstanciales affaires que tienen como única función proporcionar una fama efímera.

La acción política es precaria. Esto significa que su resultado nunca está garantizado, y que la política consiste en asumir ese riesgo, aun a costa de equivocarse y de perder (perder lugares en las encuestas; perder honor y lugar en la historia). Compartimos con Sarlo la opinión de que la lógica comercial y la del espectáculo atentan contra el prestigio de la acción política, así como el afán enunciativo en pos del consenso —mítico o real, poco importa aquí— que invoca todo el arco opositor favorece al descrédito de la misma política: este combo debilita lo que es la esencia de la acción política, la lucha, lo agonal: “Reintroducir el dramatismo en la política implica —afirma Sarlo— reconocer en ella un elemento agonal que podría restituirle significado”, un significado —repetimos— que la “neopolítica” trata de ocluir. Se descalifica al político y se impone la suposición de que la mejor política es la que hace cualquiera que no sea político. El discurso público del político encierra intereses privados. Ahora bien, es extraño no ver que si algo hizo Kirchner fue restituirle ese carácter agonal a la acción, perdiendo a veces la medida o el costo que tenían sus gestos y discursos.

Se lo tildó de autoritario y de obcecado cuando, en pos de devolverle el vértigo a la acción, puso en jaque la misma gobernabilidad. Habría que apresurarse y aclarar que el “peligro de la gobernabilidad” no provino del discurso de Kirchner sino de las presiones mediáticas, los lobbies empresariales, la política del “Campo”. Kirchner no se amilanó frente a ese riesgo.

Más allá de cómo tildar esos gestos, más allá de justificarlos o rechazarlos como un “error” táctico, estratégicamente fueron coherentes con el proyecto kirchnerista: una vez más señalaron con claridad a los enemigos (internos y externos), aunque se hayan utilizado términos de otra época en esta señalización. Pero para mí lo que mejor muestran esos gestos es la concepción de poder que tenía Kirchner, totalmente coherente con los conceptos contemporáneos que definen lo que se entiende por poder: el poder como ejercicio y no como propiedad, como les gustaría a un buen número de actores políticos, que no dejan de criticar la “apropiación” del poder por parte del kirchnerismo. Kirchner, más que apropiarse del poder, lo que hace es no dejar de ponerlo en juego, de construir el poder, de perderlo y reconquistarlo, porque el poder exige una actividad permanente, desgastante, recurrente. El que se sienta sobre el poder como sobre su botín no deja de cavar su propio agujero (piénsese en Julio Cobos, por ejemplo, que no hizo más que despilfarrar en dudas sus excelentes y perversas posibilidades).

La acción política ocurre en un mundo desencantado. Este no es un dato menor, aunque tampoco esta es la ocasión para plantear las características modernas de la política. Lo traigo a colación porque supongo que siempre la política estuvo como en el límite del interés social, que es muy factible que muchos otros intereses, intereses privados, personales, se antepongan a los intereses comunes, pues en última instancia estos implican cierto derroche del tiempo, cierta inutilidad que para el sentido común utilitario resultan incomprensibles. Comparto esta interpretación de Hannah Arendt. En fin, lo que me gustaría plantear aquí no es una novedad: frente al ocaso de la política y la crisis del Estado lo que vino a ubicarse en su lugar fue la lógica del mercado. El espacio político, entonces, se vio reducido a una lógica instrumental y de la manipulación propia de las actividades comerciales, y a perder así su cualidad más preciada. Los diversos actores políticos del momento no supieron, no pudieron o no quisieron torcer el rumbo por el que la política se arruinaba. El marketing y la encuesta como los mecanismos “naturales” para enmarcar y comprender la acción. En otras palabras, el desencanto del mundo en el que muchos nos resignamos terminó por imponer un orden hedonista y nihilista al mismo tiempo: un goce sin finalidad que tiene como costo una porción significativa de la población. La década del noventa fue para la Argentina el momento de máximo esplendor de este mundo desangelado. Parecía que había llegado realmente el fin de la política y el fin de la historia.

Lo que había sucedido era otra cosa: se habían reorientado los deseos. Pero esos deseos podían, una vez más, cambiar su rumbo. Los cataclismos que cerraron el año 2001 asumen los rasgos de una parturienta. Sea o no verdad el mito tramado por Kirchner —¿cuándo un mito lo es?—, que lo metamorfosea en una especie de Ariadna o de Beatriz que le permite salir a la Argentina del laberinto infernal en el que se había hundido —Sarlo, aquí, vaya a saber con qué

imaginación política, le adjudica ese rol al ex presidente Eduardo Duhalde—, lo cierto es que Kirchner resignifica la política, la reactualiza, convirtiéndola en una especie de *techné regia*, una técnica que orienta a las otras técnicas y le da un sentido a los ciudadanos. ¿Significa esto que la política nacional torcerá el rumbo de la industria del entretenimiento mundial, o que creará por fin otra televisión (ni la repetición de la tele-entretenimiento ni la de la tele-denuncia) que revertirá el declive inexorable al que está abocada la incultura ciudadana? El malestar que se respira entre palabra y palabra en el libro de Sarlo, esa bronca sorda que la lleva a elaborar juicios clarividentes sostenidos en argumentos prejuiciosos (y previsibles para los que la leían los domingos en la Revista Viva), proviene, creo yo, de una tradición argentina que Sarlo conoce como pocos, una tradición de gigantes como Sarmiento, L. Lugones, H. Quiroga, E. Martínez Estrada, E. Mallea, J. J. Sebrelli, etc. que el peronismo clásico en su momento reavivó y que el kirchnerismo en el siglo XXI actualizó. Como ellos, Sarlo parte de un imaginario que concibe una Argentina dicotómica, una real y otra ficticia, ficticia aunque sea la que vivimos cuando nos subimos a un transporte público. La inversión de la consigna “Clarín mente”, podríamos decir. A Sarlo le irrita el leitmotiv que se le ocurrió a Kirchner cuando comenzó la puja con el multimedia: “¿Qué te pasa Clarín” ¿Estás nervioso?”, que según Sarlo los chicos de los barrios humildes le gritaban como contraseña identitaria. ¿Le irritará de igual modo su propio ringtone: “Conmigo no, Barone, conmigo no”, creado en su asistencia a 678? O si quiera ¿advertirá Sarlo, por ejemplo, que el título de su libro es un típico producto de la sociedad de masas, que garantiza ciertas ventas pero es infiel al contenido del mismo? Sarlo como carnadura de un sentido común bien pensante, “políticamente correcto”, en última instancia tilingo, piensa a la Argentina desde el rechazo, e imagina que ésta tiene otro destino, más real, más digno, una Argentina blanca y letrada. Para practicar esta torción encaja el horizonte nacional, que es vasto y vago, a su ángulo de visión, sin advertir que los lentes por los que mira son pulidos por intereses concretos, corporativos, conservadores, que se aprovechan de su singularidad intelectual y la travisten en una figura más del panteón que decora la yerma *Celebrityland*. Me quedo con el recuerdo de la Sarlo que investigaba la modernidad periférica de los países marginales.

Bibliografía

Feinmann, José Pablo: *El flaco. Diálogos irreverentes con N. Kirchner*, Planeta, Buenos Aires, 2011.

González, Horacio: *Kirchnerismo: una controversia cultural*, Colihue, Buenos Aires, 2011,

Ortiz, Renato: “Cultura, comunicación y masa”, en *Otro territorio*, Universidad Nacional de Quilmas, Buenos Aires, 1992.

Sarlo, Beatriz: *La audacia y el cálculo. Kirchner 2003-2010*, Sudamericana, Buenos Aires, 2011.